

## Para repensar la deconstrucción y los estudios culturales

ROSA MARÍA PALENCIA VILLA\*

La deconstrucción planteada por J. Derrida ha alcanzado un considerable éxito en campos diversos, tales como la filosofía, algunas de las ciencias sociales y la crítica literaria, afectando incluso espacios tan insospechables como la arquitectura o el diseño. Sin duda se trata de una teoría de difícil catalogación y complejo acceso, de modo que los equívocos en su interpretación resultan en cierta medida inevitables, a la vez que la vulgarización que su éxito ha acarreado induce frecuentemente a versiones simplificadas, muy lejanas de los matices y pliegues de sentido tan afines al autor de origen argelino-francés. De ahí el especial interés del capítulo inicial de *Teorías débiles*, pues se trata de una matizada crítica a los trabajos derrideanos de hasta comienzos del presente milenio. No abunda la literatura que se destine a una tarea analítica de ese tipo, dada la dificultad intrínseca de la obra del autor de *De la gramatología*.

Follari, Roberto A.

*Teorías Débiles. Para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales.*

Editorial Homo Sapiens, Serie Estudios Sociales, Rosario, Argentina: 2002, pp. 137.

El trabajo del profesor de Epistemología en la Universidad Nacional de Cuyo, Argentina, y Premio Nacional 1997 del Servicio Universi-

\* Doctora en comunicación audiovisual. Profesora en el Departamento de Comunicación Audiovisual y Publicidad de la Universidad Autónoma de Barcelona. Correo electrónico: Rosamaria.Palencia@uab.es.

tario Mundial por su ensayo sobre Derechos Humanos y Universidad, Roberto Follari, ubica esta crítica dentro de un libro dedicado genéricamente a detectar y detallar los efectos que se estarían produciendo en la teoría social, a partir de las actuales modalidades de configuración de la acumulación capitalista y sus asociados mecanismos de legitimación a nivel cultural, todo lo cual estaría llevando a una progresiva pérdida de los puntos de vista epistémicos sistemáticos, a la vez que a un abandono de las posturas de compromiso ideológico e intransigencia moral frente a la injusticia social, la marginación y la desigualdad. El resultado sería el actual predominio de las “teorías débiles”, de los tonos suaves y difuminados, en los cuales la tolerancia parece sinónimo de no-toma de partido, y donde se asiste a una progresiva “literaturización” de las ciencias sociales, ganadas gradualmente por los discursos originados en los espacios de crítica literaria y artística.

El análisis que en el capítulo inicial realiza sobre la deconstrucción podría trabajarse independientemente del que luego se dedica a los estudios culturales que tan influyentes son últimamente en la Teoría de la Comunicación. Lo que une a discursos tan diferentes como objetos privilegiados en el libro es la común pérdida de los gestos de rebeldía inicial con los que se desarrollaron. En este sentido, deconstrucción y estudios culturales estarían a la vez afectados por los mismos mecanismos, en tanto ellos son propios de la composición de sentido dominante en la sociedad capitalista contemporánea. El trabajo hace una exposición sucinta y relativamente accesible –en lo que cabe– de aspectos principales de la obra de Derrida. Follari descubre que la radical acidez con la cual la deconstrucción se muestra implacable en el análisis de otras obras no está volcada igualmente sobre sí misma. Por el contrario, para Follari, a medida que Derrida fue encontrando reconocimiento internacional, y sus libros fueron objeto de estudio y casi veneración para muchos, el espíritu crítico fue dando lugar a una cierta autocomplacencia cada vez más evidente, aun cuando solapada. El autor argentino desarrolla esto con cuidado, mediante un pormenorizado seguimiento bibliográfico a través de citas, que ofrece plausibilidad al análisis de diversos puntos, entre otros: la ausencia por parte de Derrida de una mínima sospecha en torno a su exitosísima recepción por parte de la academia estadounidense, a pesar de la formación empirista y el

simplismo teórico que frecuentemente la caracterizan. Tal falta de espíritu crítico en torno de los efectos de la propia escritura conllevaría, para Follari, la suposición de que la deconstrucción es metafísicamente valiosa, cualesquiera que fueran sus usos concretos y sus efectivas intervenciones. Este primer capítulo resulta sin duda polémico, pues si bien el desarrollo es cuidadoso y lleva pacientemente por los entresijos y meollos de la obra de Derrida, las conclusiones no son tranquilizadoras: buscan reinstalar la discusión en torno a lo ideológico, a los modelos de sociedad y su relación con la producción teórica.

Un propósito semejante se hace patente en el conjunto del libro, muy especialmente en los dos capítulos dedicados al análisis de los estudios culturales latinoamericanos. Esta parte del texto afecta muy directamente a la investigación en Comunicación, por cuanto los autores trabajados: Jesús Martín-Barbero, Néstor García Canclini y –en menor medida– Renato Ortiz, B. Sarlo o M. Hopenhayn, tienen fuerte influencia en esta área de conocimiento.

Follari toma como objeto de análisis los estudios culturales sólo en su versión latinoamericana. No analiza los actuales desarrollos en Estados Unidos y Canadá, ni los inicios de la escuela en Inglaterra, con Williams o luego con Stuart Hall. Justifica tal recorte del objeto en el hecho de que, si bien existe influencia de los trabajos en el capitalismo desarrollado sobre los latinoamericanos, ésta no es explícita, y existen especificidades locales que ameritan su análisis diferenciado.

El autor argentino busca hacer matizada su valoración de lo realizado desde los estudios culturales, de modo que comienza con una enumeración de sus logros y aportes al análisis de la cultura y de la comunicación. El análisis de las identidades en un sentido no naturalista ni ontológico, sino como producción discursiva; las posibles políticas de gestión cultural no basadas sólo en el pasado y el patrimonio; las cuestiones relativas a la globalización cultural –no a la económica, en cambio–, donde aparecen la mundialización de programas, hábitos, géneros, formatos y marcas; los desarrollos en torno a culturas juveniles, especialmente en torno a la noción de *tribus urbanas*; la cuestión de la propiedad de los medios en manos de transnacionales con centrales en Estados Unidos, son algunos de los *items* que Follari señala como aportaciones de los estudios culturales a la comprensión de las sociedades contemporáneas.

Sin embargo, es el espíritu de crítica lo que lleva el mayor peso del trabajo, desbrozando algunos aspectos pocas veces explorados de los autores señalados que, por cierto, son cuidadosamente diferenciados entre sí. La cuestión de lo inter y transdisciplinario es perfilada en detalle, para insistir en que los estudios culturales proclaman su uso pero no muestran teoría alguna que lo justifique. Follari entiende necesario especificar los criterios a partir de los cuales lo interdisciplinario se haría admisible y muestra que los autores de estudios culturales no lo diferencian de lo antidisciplinario o a-disciplinario. También advierte que en una temática tan propia de nuestra época como lo es la de lo moderno-posmoderno, los autores latinoamericanos de estudios culturales –especialmente García Canclini– han hecho múltiples referencias al respecto, pero no han desplegado ninguna teoría específica, de manera que la comprensión que ofrecen del fenómeno se hace parcial y fragmentada. El libro de Sarlo, *Escenas de la vida posmoderna*, resultaría paradigmático al respecto pues, según Follari, resulta un fresco cuasi-literario de la cultura contemporánea, pero carece de una articulación conceptual de conjunto que dé cuenta del objeto de estudio. Esta visión crítica de la conceptualización de la posmodernidad Follari la viene trabajando desde hace más de una década entre otros textos suyos, en *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América Latina* (1990).

Mediante el seguimiento de los autores a partir de citas, Follari pone de manifiesto lo que considera contradicciones o vacilaciones teóricas, sobre todo por lo que hace a las bases epistemológicas y metodológicas de los estudios culturales y a las posiciones ideológicas, cada vez más lejanas al marxismo en que se iniciara esta escuela en Inglaterra, y más en rechazo del análisis de las clases sociales y los grandes conflictos políticos estructurales. En esta dirección es que Follari hace su crítica de las tesis de *Consumidores y ciudadanos*, de García Canclini: no todos pueden consumir en los empobrecidos países latinoamericanos, pero aquellos que pueden, no encontrarán allí una forma nueva de ciudadanía que cumpla con las funciones que la ciudadanía guardaba para el Estado-Nación tradicional. Follari entiende como reductiva la idea de que el consumo constituya una forma nueva de ciudadanía, en tanto entiende que lo político en ningún caso podría circunscribirse sólo al universo de organizaciones de comunidades de consumidores. En puntos como éste se hace

patente lo más genuino de la crítica que sustenta *Teorías Débiles*: no puede abandonarse lo político en aras de la novedad, y los nuevos fenómenos culturales no autorizan a tirar por la borda todo el legado epistémico de las ciencias sociales acumulado durante el siglo XX.

Es de singular interés para la Teoría de la Comunicación el análisis crítico de la idea de *recepción activa*, fuertemente trivializada hacia un sujeto transparente y plenamente consciente de sí, que sabría siempre qué hacer con la programación. La asociada noción de *apocalípticos*, aplicada sin matices a los actores de toda crítica de los medios, su propiedad o sus contenidos, es también desmenuzada ácidamente por el autor de este libro. Igualmente, el capítulo denominado *Cruzar la línea: la tentación de lo imposible*, de marcado sentido filosófico y que sirve para atacar la idea de *superación* que muchos autores utilizan en filosofía y ciencias sociales.

En síntesis: un libro para la discusión, que se atreve a mantenerla en tiempos de temperancias, connivencias y silencios. Ojalá sirva para propiciar el fuego de una polémica que se hace necesaria no sólo para el campo de la Comunicación, aunque, sin duda, muy prioritariamente para éste.